

“El paisaje es agresivo, y reina en él un silencio de muerte”: visión de muerte en los cuentos misioneros de Horacio Quiroga

Karol Skwarczyński*
Universidad Jaguelónica, Polonia

FECHA DE RECEPCIÓN: 05-12-2025 / FECHA DE ACEPTACIÓN: 20-03-2025

RESUMEN

Este artículo analiza la representación de la muerte en tres cuentos misioneros de Horacio Quiroga - *La insolación*, *A la deriva* y *El hombre muerto* - con el objetivo de demostrar que, en esta etapa de su obra, la muerte deja de funcionar como un simple desenlace narrativo para convertirse en un principio estructurador del universo ficcional. Partimos de la idea de que la muerte actúa como un mecanismo de lectura del espacio selvático y como una manifestación de la ontología natural construida por Quiroga: una naturaleza autónoma, indiferente y dotada de una agencia propia que determina el destino humano más allá de cualquier voluntad individual. Tras contextualizar la evolución del motivo de la muerte en la trayectoria del autor y revisar las aportaciones críticas más relevantes, el artículo examina cómo cada uno de los relatos seleccionados articula una relación distinta entre naturaleza y muerte - fantástica, naturalista o metafísica. Se concluye que, en los cuentos misioneros, la muerte emerge como la expresión más visible de la lógica interna de la selva y como un elemento clave para comprender la precariedad ontológica del ser humano en un entorno radicalmente hostil.

PALABRAS CLAVE

muerte; naturaleza; cuentos misioneros; Horacio Quiroga; selva

**“The landscape is hostile, and a deathly silence reigns over it”: a
vision of death in Horacio Quiroga’s missionary stories**

ABSTRACT

This article examines the representation of death in three of Horacio Quiroga’s Misiones tales - *La insolación*, *A la deriva*, and *El hombre Muerto* - to show that, in this phase of his work, death ceases to function as a mere narrative ending and becomes a structural principle of his fictional universe. The study argues that death operates both as a mechanism for reading the jungle environment and as a manifestation of the natural ontology Quiroga constructs: an autonomous, indifferent nature endowed with its own agency, which determines human destiny beyond individual intention. After contextualizing the evolution of the theme of death within the author’s trajectory and reviewing the main critical approaches, the article analyzes how each selected tale articulates a different mode of interaction between nature and death - fantastic, naturalistic, or metaphysical. The conclusion reached is that, in the Misiones stories, death emerges as the most visible expression of the jungle’s internal logic and as a key element for understanding the ontological fragility of the human being in a radically hostile environment.

KEYWORDS

death; nature; Misiones’ tales; Horacio Quiroga; jungle

El paisaje es agresivo, y reina en él un silencio de muerte.
Horacio Quiroga, *A la deriva*

Introducción

El título *Cuentos de amor de locura y de muerte* (1917) sintetiza la amplitud temática de la obra de Horacio Quiroga y anticipa la centralidad de la muerte en su narrativa. Aunque la biografía del autor — marcada por tragedias familiares como la muerte accidental de su padre, el suicidio de su padrastro y el fallecimiento de su mejor amigo por un descuido propio— constituye un marco explicativo inicial, la representación literaria de la muerte en Quiroga excede con mucho lo autobiográfico. Más que un motivo temático recurrente, la muerte se convierte progresivamente en un principio estructurador de su universo narrativo, capaz de revelar la relación conflictiva entre el ser humano y la naturaleza. Tal como afirma Andrée Collard, la muerte en Quiroga:

A veces es una simple referencia, pero otras, puede surgir como una amenaza que llega hasta lo inexorable, patético o brutal. En ciertos casos es el resultado de locura patológica, de circunstancias extrañas, de intrepidez irreflexiva en un medio salvaje, colmado de múltiples peligros y aun de situaciones rebuscadas. Muy raramente la muerte sobreviene como consecuencia de una enfermedad corriente, y nunca en este caso es el tema central (278).

Esta multiplicidad de registros no solo evidencia su riqueza expresiva, sino también su evolución. Desde los primeros relatos influenciados por Edgar Allan Poe y el modernismo —donde la muerte funciona como desenlace sorpresivo y como recurso compositivo— hasta los cuentos finales, más introspectivos y existenciales, puede apreciarse un tránsito hacia una concepción cada vez más compleja.¹

Una etapa decisiva en este desarrollo corresponde a los llamados cuentos misioneros, escritos bajo la influencia directa de la experiencia

¹ Dividir la obra de Quiroga en períodos es una cuestión difícil, ya que no existe una única clasificación que asigne los cuentos a etapas concretas. Rodríguez Monegal (1950) distingue cuatro periodos en la obra de Quiroga: el primero de “su iniciación literaria, su aprendizaje del modernismo, sus estridencias decadentistas, su oscilación expresiva entre verso y prosa” que se cierra con la publicación de *El crimen del otro* (1904); el segundo marcado por su obra “más rica y heterogénea”: *Cuentos de amor, de locura y de muerte* en 1917; el tercero que concluye los años veinte y que “presenta un Quiroga magistral y sereno, dueño de su plenitud y que encuentra su cifra en el libro más equilibrado y auténtico”: *Los desterrados* (1926); el cuarto y último se caracteriza por su “segundo fracaso como novelista, su progresivo abandono del arte, su sabio renunciamento” y que incluye *Mas allá* (1935). García Ramos (1999), por su parte, indica solo tres: el primero dominado por las tendencias modernistas y las influencias de Poe y Maupassant (*Los arrecifes de coral*); el segundo en el que aparecen los paisajes de Misiones y el interés por naturaleza (*Cuentos de amor, de locura y de muerte*); y el tercero caracterizado por la madurez artística (*Los desterrados*) (183-184).

del autor en la región de Misiones.² En estos textos, la naturaleza deja de funcionar como escenario y adquiere el estatuto de fuerza autónoma. La selva misionera, con su clima extremo, su fauna imprevisible y su aislamiento geográfico, se configura como una realidad material hostil que impone sus propias leyes sobre el ser humano. Como señala Fleming, este espacio no acoge, devora (32). En consecuencia, la muerte surge como expresión última de un orden natural indiferente y superior a la voluntad humana.

La crítica especializada ha abordado este corpus desde enfoques diversos. Collard (1958) subraya la dimensión realista y brutal de la muerte; Pérez Barón (2007) y Grajales Castaño (2009) analizan sus implicaciones simbólicas; Villamizar (2020) la relaciona con la noción de frontera y con la resistencia de los personajes ante un entorno que los excede. Sin embargo, estas aproximaciones no agotan la complejidad del fenómeno. En este trabajo proponemos que, en los cuentos misioneros, la muerte funciona como un mecanismo de lectura del espacio selvático y como un componente esencial de la ontología de la naturaleza que Quiroga construye: un principio autónomo que revela la fragilidad del hombre y su reducida capacidad de agencia frente a un entorno que regula el destino humano más allá de cualquier intención individual.

Partimos, por lo tanto, de la hipótesis de que la muerte en estos relatos no actúa únicamente como desenlace narrativo ni como símbolo aislado, sino como forma de agencia de la selva. La muerte encarna la lógica interna del espacio natural, su indiferencia y su fuerza impersonal, convirtiéndose en un elemento que permite comprender la singular relación entre el individuo y el paisaje misionero. En este sentido, la naturaleza y la muerte se configuran como fuerzas complementarias: la primera impone sus normas; la segunda las manifiesta de manera tangible en la experiencia humana.

Con este marco teórico, el objetivo del presente artículo es caracterizar esta visión particular de la muerte en tres cuentos que consideramos paradigmáticos dentro de la etapa misionera: “La insolación” (1917), “A la deriva” (1917) y “El hombre muerto” (1920). Estos relatos permiten observar tres modalidades de articulación entre naturaleza y muerte —lo fantástico, lo naturalista y lo metafísico— que, en conjunto, revelan cómo Quiroga transforma la muerte en un principio de significado universal y en un instrumento narrativo privilegiado para explorar la condición humana en un entorno radicalmente adverso.

² El concepto de “cuentos misioneros” no fue creado por Quiroga, sino que surgió posteriormente en la crítica. Generalmente el término se refiere a los cuentos escritos durante la vida en la selva de Misiones o en los que aparecen los paisajes de la región, es decir, los textos publicados hasta más o menos 1920, según las clasificaciones de García Ramos (1990) o Collard (1958).

Acerca de los cuentos misioneros: fusión de muerte y naturaleza

En 1906, Horacio Quiroga se trasladó por primera vez a la selva de Misiones, experiencia que transformó profundamente su escritura y consolidó una poética centrada en la interacción entre naturaleza y muerte. Lejos de cualquier visión arcádica, la naturaleza aparece como una fuerza autónoma y voraz que, como indica Leonor Fleming, “sobrepasa al hombre en todas sus dimensiones: lo atrae, pero no para acogerlo sino para devorarlo” (32). La muerte provocada por el entorno natural se convierte así en una presencia reiterada y decisiva en la cuentística de este periodo.

Andrée Collard describe con precisión este fenómeno al señalar que, en los cuentos misioneros, la muerte adquiere mayor intensidad y variedad expresiva, mientras la actitud narrativa incorpora una creciente simpatía hacia los personajes sometidos a un destino implacable (279). La selva, convertida en protagonista, impone sus leyes sobre hombres y animales, quienes aparecen como figuras frágiles frente a una naturaleza indiferente y desencadenada.

Diversos estudiosos han destacado esta centralidad del paisaje. Para Gina Villamizar (2020), los cuentos misioneros exhiben un interés explícito por revelar la condición de la selva, mientras que Fleming la define como el antagonista principal en relatos donde el individuo es víctima de una naturaleza xenófoba (31). Estos enfoques coinciden en señalar que la selva constituye un espacio ambiguo: fuente de vida y, simultáneamente, territorio amenazante cuya agencia supera la voluntad humana.

La descripción quiroguiana del paisaje, de corte realista y con rasgos expresionistas, intensifica esta percepción. Fleming sitúa esta estética en la tradición rioplatense y vincula *El matadero* de Echeverría como un antecedente directo, no solo por la asociación entre paisaje y violencia, sino también por la ubicación de la acción en regiones de frontera (31). En el Río de la Plata, la frontera ha simbolizado históricamente un espacio liminal entre civilización y barbarie. En Quiroga, sin embargo, este concepto adquiere una mayor complejidad: la frontera ya no designa solo un límite geográfico, sino un umbral ontológico donde la vida humana se enfrenta a la lógica autónoma de la naturaleza. Como afirma el propio autor en “Los desterrados”, Misiones es un territorio de trayectorias inesperadas, poblado por figuras marginales que encarnan la inestabilidad de la región (287).

El carácter hostil de Misiones se refuerza al considerar sus condiciones reales: aislamiento geográfico, fauna peligrosa, flora de emanaciones tóxicas, clima extremo y una población marcada por la precariedad. Collard sintetiza este panorama al describir la región como un hábitat peligroso donde la muerte adopta formas “brutales y aún atroces” (278). Este trasfondo explica que, en los cuentos misioneros,

la muerte no se presente como un recurso narrativo sino como la materialización de un orden natural inapelable.

Frente a esta etapa, los primeros relatos de Quiroga —fuertemente influidos por Poe— concibieron la muerte como cierre compositivo, orientado a producir un efecto único en el lector. Ejemplos como “Fantasía nerviosa” revelan un tratamiento esquemático de la muerte, subordinado al impacto narrativo. Con el tiempo, sin embargo, Quiroga desarrolla una visión más compleja: la muerte deja de ser un mecanismo de resolución para convertirse en una presencia cotidiana y brutal, vinculada a enfermedades tropicales, accidentes, aislamiento y peligros del entorno. En los cuentos misioneros, esta presencia adquiere un carácter ontológico: la muerte es expresión directa de la lógica interna de la selva.

Finalmente, estos relatos integran también una dimensión social. Los personajes que habitan Misiones —peones, colonos, fugitivos— forman parte de una sociedad fronteriza marcada por la marginalidad y la ausencia del Estado. La muerte, en este sentido, no proviene únicamente de la naturaleza, sino también de condiciones socioeconómicas adversas, lo que amplía el marco interpretativo más allá del naturalismo.

Considerando estos elementos contextuales, se comprende que la representación de la muerte en los cuentos misioneros constituye una de las formulaciones más originales y profundas de la narrativa de Quiroga, y sirve de base para el análisis textual que llevaremos a cabo en las secciones siguientes.

Cuentos de amor de locura y de muerte (1917)

Cuentos de amor de locura y de muerte, publicado en 1917, constituye una de las obras maestras de Horacio Quiroga. El volumen reúne dieciocho relatos previamente editados en revistas, caracterizados por una notable heterogeneidad temática y estilística. Como señala Gálvez Acero, algunos cuentos mantienen rasgos modernistas, otros se inscriben en lo fantástico, lo realista o incluso el realismo social (87). Dentro del marco de este estudio, “La insolación” y “A la deriva” resultan especialmente relevantes porque articulan de manera ejemplar la relación entre muerte y naturaleza selvática, núcleo de la etapa misionera.

“La insolación” es uno de los cuentos que marca con mayor claridad la transición de Quiroga hacia la problemática misionera. Como indica Gálvez Acero, “el acercamiento narrativo al espacio misionero será gradual, en paralelo al progresivo alejamiento de sus intereses por imitar a los modelos cuya lectura le iba impactando” (87). El relato narra la experiencia de Mister Jones, quien, confiado en su fortaleza física, continúa trabajando bajo un sol implacable hasta que la insolación altera su percepción y lo conduce a un estado de delirio progresivo. La

trama es sencilla —como observa Pérez Barón (10-11)—, pero su originalidad radica en la combinación del naturalismo con elementos fantásticos, especialmente en los diálogos entre los foxterrieres, humanizados y dotados de una sorprendente agencia narrativa.

La personificación de los perros puede interpretarse como una consecuencia de las alucinaciones provocadas por la insolación, lo que genera la vacilación propia de lo fantástico. Pérez Barón afirma que estos diálogos “deben parecerle algo imaginario o perfectamente posible dentro de la narración, permitiendo que la vacilación [...] se cumpla” (11). Sin embargo, los animales no solo hablan, también perciben la llegada de la Muerte como personaje autónomo. Este recurso establece un vínculo profundo entre naturaleza y muerte, donde el mundo animal accede a una información inaccesible para el ser humano.

Las interpretaciones críticas divergen: Collard atribuye esta capacidad canina a supersticiones universales sobre los perros (279); Pérez Barón privilegia la lectura fantástica; mientras que Grajales Castaño (2009) enfatiza el valor simbólico de la Muerte como figura personificada. Esta pluralidad hermenéutica evidencia la complejidad del relato y la madurez literaria del Quiroga misionero. En todos los casos, la muerte aparece ligada a la naturaleza —o, más precisamente, a sus criaturas— como un saber prehumano que subraya la vulnerabilidad ontológica del protagonista.

Desde una perspectiva narratológica, el uso de un narrador externo que mantiene distancia, pero permite acceder a la mente alterada de Mister Jones, refuerza la ambigüedad del relato. El ritmo pausado, la ausencia de un clímax dramático y la progresiva desrealización acompañan el deterioro físico del personaje, haciendo que la muerte se presente como un desenlace esperado y casi natural.

Mientras que “La insolación” vincula la muerte con lo fantástico, “A la deriva” lo hace desde un naturalismo radical. El cuento narra la agonía de Paulino, mordido por una serpiente en la selva del Paraná. Tras subestimar la gravedad de la herida, emprende un viaje desesperado en bote hacia la ciudad, pero el veneno lo conduce inexorablemente a la muerte. El relato, despojado de cualquier elemento sobrenatural, concentra toda su fuerza en la dimensión psicológica y física de la agonía. Como describe Collard, “el aislamiento de la víctima es total” y su viaje oscila entre momentos de lucidez y percepciones alteradas, mientras el paisaje interviene para acentuar o aliviar la tensión narrativa (279). La muerte final —expresada en el lacónico “Y cesó de respirar”— subraya el carácter abrupto y fatalista de la narrativa. Pérez Barón señala que el valor del cuento reside en “la forma como muere Paulino” y en la manera en que Quiroga introduce una variación más en su repertorio mortuario (31). La muerte aquí es aleatoria, inevitable y profundamente personal: solo Paulino experimenta la intensidad de su tránsito final. Como observa el crítico,

“la muerte asesta un golpe ineludible” (33). En este sentido, “A la deriva” refuerza la concepción de la muerte como una fuerza que emana de la naturaleza misma: la selva no solo causa la muerte, sino que constituye el espacio ontológico en el que esta adquiere sentido. La impotencia del protagonista frente al paisaje confirma la idea de una naturaleza autónoma cuya lógica determina el destino humano.

La comparación entre “La insolación” y “A la deriva” evidencia dos modalidades complementarias de la poética de la muerte en Quiroga: lo fantástico y lo naturalista. En ambos casos, la muerte surge como expresión de la agencia de la naturaleza, ya sea a través de animales dotados de percepción extraordinaria o de fuerzas puramente físicas como el veneno o el aislamiento. La selva no solo enmarca las muertes, sino que las produce y las legitima, consolidándose como principio estructurador del destino humano.

“El hombre muerto” (1920): ontología natural y percepción de la muerte

“El hombre muerto” constituye uno de los relatos más significativos y depurados de la etapa misionera, no solo por su perfección formal, sino porque concentra con particular claridad la concepción quiroguiana de la muerte como expresión directa de la lógica autónoma de la naturaleza.³ En este cuento, la muerte deja de ser un desenlace narrativo o un elemento de efecto —como en los relatos poenianos— para integrarse plenamente en el orden ontológico de la selva, que no solo la permite, sino que la dicta.

Como observa Fleming, “El hombre muerto”, junto con “El regreso de Anaconda” o “Las moscas”, pertenece al grupo de relatos en los que la muerte es narrada desde la perspectiva de la propia víctima (46). Esta elección narrativa, lejos de constituir un mero artificio técnico, revela un desplazamiento central en la poética de Quiroga: la mirada del personaje moribundo permite que la muerte sea percibida no como un episodio excepcional, sino como parte de una regularidad natural más amplia. Tal como había señalado Collard, esta etapa se caracteriza por un acercamiento mayor a la psicología y a la interioridad de los

³ Hemos mencionado antes que el término “cuento misionero” no es preciso y, por lo tanto, a veces es difícil afirmar con certeza que cuentos pertenecen a este grupo. En el caso de “El hombre muerto” la situación es similar. Mientras que una gran parte de los investigadores, por ejemplo, Gina Villamizar, analizan el cuento en ese contexto, otros, como Andrée Collard, dicen que no es así. La investigadora belga asigna el texto a la tercera etapa de la obra quiroguiana que según ella comienza en 1920 y en el que “Quiroga advierte la poca importancia de la muerte y su vinculación con el mundo exterior” (1958: 280). Trataremos “El hombre muerto” como uno de los cuentos misioneros, teniendo en cuenta la preocupación por la naturaleza presente en ese texto y el hecho de que durante el proceso de creación del texto Quiroga todavía vivía en Misiones.

personajes, donde la muerte deja de ser un efecto horroroso para convertirse en un acontecimiento existencial (279).

La trama, deliberadamente simple, responde a esta lógica. El protagonista —un agricultor sin nombre— muere al caer accidentalmente sobre su propio machete. La crítica ha resaltado esa accidentalidad como rasgo definitorio. Para Villamizar, se trata de una muerte “aún más absurda que la de Paulino en *A la deriva*” (432); Fleming enfatiza su trivialidad (52). Ambas lecturas coinciden con la definición que ofrece Quiroga de la muerte como “la ley fatal, aceptada y prevista” (309). El carácter absurdo, trivial y fatal de la muerte no apunta, por tanto, a lo grotesco, sino a la constatación de que el ser humano carece de control sobre los mecanismos que regulan su existencia dentro del entorno selvático.

La crítica ha descrito habitualmente esta relación en términos de complementariedad entre naturaleza y muerte, pero “El hombre muerto” revela una estructura aún más profunda: la muerte no es solo causada por la naturaleza, sino que expresa su funcionamiento ontológico. La selva es, a la vez, escenario, agente y norma. En esta línea, Grajales Castaño sostiene que la naturaleza “dicta el destino al personaje” (69), mientras Villamizar subraya que la muerte depende enteramente de las condiciones naturales del entorno (434). La convergencia de estas perspectivas confirma la idea central de nuestro artículo: en los cuentos misioneros, la muerte es una forma de conocimiento de la selva, un modo de acceder a su autonomía y a su indiferencia radical.

El momento en que el protagonista se contempla desde fuera —“puede verse a él mismo, como a un pequeño bulto asoleado sobre la gramilla” (312)— constituye el punto culminante de esta estructura ontológica. La escisión entre el sujeto y su cuerpo agonizante no solo intensifica el dramatismo, sino que expone la irrelevancia metafísica de la vida individual frente a la continuidad impasible de la naturaleza. Como afirma Fleming, “la intensidad del drama aumenta por contraste entre el hombre frágil [...] y la inmutabilidad de la naturaleza” (52). La voz narrativa remata ese contraste con una sentencia devastadora: “nada ha cambiado. Solo él es distinto” (311). La muerte individual, lejos de alterar el orden natural, confirma su permanencia. Esta perspectiva coincide con las lecturas existencialistas: una muerte banal, absurda, desnuda de sentido, ante un universo indiferente. Sin embargo, Quiroga no plantea un existencialismo abstracto: su visión está anclada en el paisaje misionero, donde la muerte no es un enigma filosófico, sino una manifestación natural, parte de un equilibrio brutal y al mismo tiempo majestuoso. El anonimato del protagonista subraya esta universalidad. El personaje no representa a un individuo, sino a la condición humana enfrentada a una naturaleza autónoma, indiferente y normativa. Quiroga muestra que, en Misiones, morir no es tragedia ni excepción: es un modo de existir.

A modo de conclusión

La evolución de la representación de la muerte en la obra de Quiroga alcanza su expresión más compleja en los cuentos misioneros. Allí, la muerte deja de ser recurso estructural o desenlace poeniano para constituirse como un principio ontológico ligado a la naturaleza selvática. Esta naturaleza, lejos de lo pintoresco, emerge como una fuerza autónoma que regula el destino humano. “La insolación”, “A la deriva” y “El hombre muerto” muestran distintos grados de esta integración: desde lo fantástico hasta lo naturalista y lo metafísico. En “El hombre muerto”, dicha integración llega a su punto máximo. La muerte accidental, trivial y absurda del protagonista revela no su insignificancia moral, sino la profunda indiferencia de la naturaleza. La selva es el verdadero sujeto del relato: persistente, impávida, soberana. Quiroga formula así una poética americana de la muerte donde el entorno no solo contextualiza la existencia humana, sino que la define y la trasciende.

* **Karol Skwarczyński** es magíster en Filología Hispánica y estudiante de segundo ciclo en la Universidad Jaguelónica, donde realiza estudios de maestría en Polonística Comparada y Filología Italiana. Su trayectoria académica se caracteriza por una orientación interdisciplinaria que integra metodologías filológicas y comparatísticas en el análisis de la literatura europea y latinoamericana de los siglos XIX y XX. Sus principales líneas de investigación incluyen la narrativa rioplatense, especialmente la prosa argentina, la literatura comparada y el estudio de las relaciones estéticas, temáticas y culturales entre las tradiciones literarias europeas y sudamericanas. Asimismo, se interesa por problemáticas vinculadas a la representación del espacio, la configuración del paisaje, las poéticas de frontera y la construcción literaria de la muerte en la narrativa hispanoamericana.

Referencias bibliográficas

- Collard, Andrée (1958). “La muerte en los cuentos de Horacio Quiroga”. En *Hispania*, nº3. 278-281.
- Fleming, Leonor (1991). “Introducción”. En Quiroga, Horacio. *Cuentos*. Madrid: Catedra Letras Hispánicas.
- Gálvez Acero, Marina (2019). “Horacio Quiroga”. En Barrera T. (coord.). *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo III*. Madrid: Cátedra. 85-90.
- García Ramos, Arturo (1990). *Historia del cuento fantástico del Río de la Plata en el siglo XX. Mimesis e verosimilitud*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid Facultad de Filología.

- Grajales Castaño, Leidy Faye (2009). *Interpretación simbólica de la muerte en la cuentística de Horacio Quiroga*. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira.
- Guyer Berg, Mary (1999). “Horacio Quiroga”. En *Poe Abroad: Influence, Reputation, Affinities*. Iowa City: University of Iowa Press. 239-243.
- Operé, Fernando (2003). ““La cautiva” de Echeverría, el trágico señuelo de la frontera”. En *Bulletin of Spanish Studies*, nº5. 545-554.
- Pérez Barón, Margarita María (2007). *Las diversas caras de la muerte en siete cuentos de Horacio Quiroga*. Bogotá: Departamento de Humanidades y Literatura, Facultad de Artes y Humanidades, Universidad de los Andes.
- Rodríguez Monegal, Emir (1950). “Objetividad de Horacio Quiroga”. *Rev. Número*, Año 2, n. 6, 7, 8. 208-226.
- Villamizar, Gina (2020). “Fractura y resistencia en algunos cuentos misioneros de Horacio Quiroga”. En *Revista chilena de literatura*, nº101. 427-442.
- Quiroga, Horacio (1991). *Cuentos*. Madrid: Catedra Letras Hispánicas.



Esta obra se encuentra bajo licencia de Creative Commons